

23 de mayo de 2021
DOMINGO DE PENTECOSTÉS CICLO B



LECTURAS

Hechos de los Apóstoles 2, 1-11: Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería. Se encontraban entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Enormemente sorprendidos, preguntaban: - «¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; También hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua.»

Salmo 103: Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, ¡qué grande eres! Cuántas son tus obras, Señor; la tierra está llena de tus criaturas. Les retiras el aliento, y expiran y vuelven a ser polvo; envías tu aliento, y los creas, y repueblas la faz de la tierra. Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras. Que le sea agradable mi poema, y yo me alegraré con el Señor.

1 Corintios 12, 3b-7. 12-13: Hermanos: Nadie puede decir: «Jesús es Señor», si no es bajo la acción del Espíritu Santo. Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común. Porque, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo.

Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

Juan 20, 19-23: Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros.» Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.» Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: - «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»



VICARÍA DE PASTORAL
DIMENSIÓN DE BIBLIA Y
EXTENSIÓN FORMATIVA



LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

EL LENGUAJE NUEVO DE LA HUMANIDAD QUE NACE DEL ESPÍRITU

Esta es la fiesta de la Iglesia, pero también es la fiesta del Espíritu porque la Iglesia universal se goza en las maravillas que hace entre los hombres. Celebra el soplo vital de Dios que sostiene en la existencia a la creación y hace nuevas todas las cosas. El Espíritu es la promesa del Padre anunciada desde antiguo por los profetas y cumplida en Cristo, pues del costado abierto de Jesús el Espíritu es infundido en los corazones.

Cristo es la Palabra que quisimos callar y el Espíritu es la última y definitiva respuesta del Padre ante el odio del mundo. Pentecostés es la plenitud del sacrificio pascual del Hijo. ¡Por eso tenemos esperanza, porque el Paráclito es la fuerza eficaz de Dios que no se arredra y persevera eternamente con el único objetivo de salvarnos, a nosotros, pobres e insignificantes creaturas, incapaces de responder a la infinitud de su amor!

Pentecostés significa el nacimiento de la Iglesia y de una nueva humanidad, en cuyo corazón se inscribe la potencia de lo eterno. Todas las lecturas que hoy se nos proclaman apuntan en dos direcciones: la creación de una invencible humanidad escatológica, cuya presencia sacramental es la comunidad discipular y las repercusiones que el Espíritu tiene en ella y en la humanidad entera.

Fijémonos en algunas de esas repercusiones. El libro de los Hechos de los Apóstoles ubica el acontecimiento del don del Espíritu en el día de la celebración judía de Pentecostés (celebrada 50 días después de la Pascua y como aniversario de la alianza) porque teológicamente enfatiza que el derramamiento del Espíritu inaugura la nueva y definitiva alianza y la promulgación de la auténtica ley, ya no inscrita en piedra, sino en la interioridad de los corazones como había anunciado el profeta Ezequiel (Ez 36,25-27). El problema con la antigua y provisoria ley es que el pueblo jamás pudo interiorizarla, hacerla suya, resonar con ella hasta convertirla en manifestación externa de una convicción invencible.

En el fondo, esa ley fracasó porque el pueblo la sintió siempre como una utopía irrealizable y como algo externo a él. Eso pasa también con las leyes humanas cuando la sociedad no

las interioriza ni las descubre como algo bueno y necesario. Por eso, Dios tenía que infundir su ley en el interior de sus creyentes, hacerla parte de ellos, convencerlos de la bondad de esa ley, capacitarlos para vivirla y sostenerlos en la esperanza a pesar de las dificultades y oposiciones que encuentre cada uno en su vida de fe.

En otros esquemas teológicos, por ejemplo, el de la escuela joánica, el derramamiento del Espíritu no espera 50 días; es en la misma cruz, del costado abierto de Jesús, que brotan agua y sangre (Espíritu comunicado y vida derramada) que empapan la tierra (vida humana). En realidad, no hay contradicción entre Juan y Lucas; son visiones teológicas diferentes, presentadas con lenguajes distintos, pero que, finalmente, iluminan el mismo misterio: el del sacrificio de Cristo, del cual brota la Vida. Por lo tanto, la indicación "el día de Pentecostés" es mucho más que una simple ubicación temporal de un hecho ocurrido hace casi dos mil años a unos cuantos discípulos de Jesús. Sin alejarnos de la ortodoxia y sin menoscabo de la historicidad del suceso, podemos decir que el relato, tal como está formulado, apunta hacia una dimensión que trasciende lo meramente histórico para hacernos levantar la mirada y el corazón hacia un mensaje teológico y espiritual que se actualiza en nuestra vida y que tiene que ver con el aquí y el ahora.

Si estas palabras son más que una indicación temporal de Lucas, y, por lo tanto, ese "día" es el hoy de la comunidad, se hace necesaria una aplicación espiritual inmediata: Pentecostés puede acontecer en nuestra vida cotidiana. El cumplimiento de la promesa del Padre, promesa de vida plena y definitiva, vencedora del miedo que hoy nos atenaza y sofoca, ¡puede ser hoy! Sin embargo, se requieren ciertas actitudes, cierta disposición por parte del hombre para que el Espíritu pueda derramarse sobre él:

1.- Reunidos el día de Pentecostés. Hay una actitud de disposición a vivir la alianza que en la nueva economía significa la ley del amor oblativo, de la renuncia a ser uno mismo el centro de la vida para dejar que Cristo marque el rumbo que han de seguir nuestros pasos. Recordemos que ese rumbo lo define un crucificado, uno que se ha sacrificado para que otros tengan vida. No se trata, desde luego, de haber alcanzado la perfección evangélica; después de todo, esta no se puede vivir sin el Espíritu, pero sí se trata de una actitud inicial de disposición a acatar esa ley.

2.- Todos los discípulos estaban reunidos en un mismo lugar. Evidentemente, de hecho, no pudieron haberse reunido literalmente todos los discípulos en un mismo lugar. Es una alusión a la unidad comunitaria. La experiencia gozosa y liberadora del Espíritu no puede darse fuera del contexto comunitario. Pentecostés inaugura la vida en el Espíritu. La espiritualidad propiamente dicha, como experiencia trinitaria, es cuestión eclesiológica y no individualista. Mientras sigamos inmersos en una vivencia masificante del cristianismo no puede haber Pentecostés. Es necesario retornar al cristianismo de los orígenes, formado por pequeñas comunidades vinculadas fraternalmente con miembros comprometidos entre sí, comunidades sencillas que se reunían para compartir la vida y la fe, para partir el Pan, escuchar la Palabra y para amarse mutuamente. Solo allí el Espíritu, como ruido estruendoso y fuerte viento, resuena por toda la casa.

Cuando se está dispuesto a vivir la nueva ley y se está inserto en una comunidad, el Espíritu comienza su obra transformadora y creadora: "Entonces aparecieron lenguas de fuego, que se distribuyeron y se posaron sobre ellos". Una de las acepciones simbólicas del elemento "fuego" en la Biblia es la del Espíritu en cuanto capacitador, en cuanto potenciador del hombre para transformarlo en enviado eficaz para una misión. Así, Moisés

es capacitado en la teofanía de la zarza para liberar a su pueblo y el profeta Ezequiel en la visión inaugural de su labor profética ve lo siguiente: "Entre esos seres vivientes había como carbones encendidos que parecían antorchas encendidas agitándose entre los vivientes; el fuego brillaba y lanzaba relámpagos". Es decir, el hombre profético, el que es capaz de proferir una palabra eficazmente transformadora, una palabra contestataria a los sistemas opresores del mundo, una palabra capaz de abrir horizontes de libertad a los hombres de todos los tiempos, recibe esta potestad. Su capacidad le viene de Dios, no radica en él mismo, no brota de su inteligencia ni de la cultura que le rodea.

El relato del Pentecostés cristiano se ubica en esta línea. Las "lenguas de fuego" indican el don del Espíritu como posibilidad de hablar un nuevo "idioma", libre de las barreras idiomáticas y culturales, con la potencia de hacerse inteligible universalmente («Atónitos y llenos de admiración, preguntaban: "¿No son galileos, todos estos que están hablando? ¿Cómo pues, los oímos hablar en nuestra lengua nativa?"») y de derribar los muros que empecinadamente nos esforzamos en construir para mantenernos "seguros", para, finalmente, lograr la plena relación dialogal entre los hombres.

Ya podemos intuir que este no es un relato anecdótico en el que se nos narre la cuasi mágica habilidad políglota de unos discípulos, momentos antes casi analfabetas. Como siempre, la Palabra de Dios es sorpresiva y paradigmática y, yendo más allá de su ropaje simbólico y literario, perfila la figura del auténtico seguidor del Resucitado. La comunidad discipular es el resonador del Espíritu en el mundo y, por lo tanto, esencialmente profética.

Solo que hay una sustancial diferencia con la profecía del Antiguo Testamento: en los tiempos mesiánicos, el Espíritu se derrama sobre toda la comunidad y no solamente en unos cuantos miembros del pueblo. La Iglesia toda (y aquí se excluye el reduccionismo del misterio eclesial a la sola jerarquía para entender "Iglesia" como la totalidad del único pueblo de Dios) es la instancia mediante la cual el mundo puede recibir la liberadora voz del Espíritu. En el fondo, la voz del Espíritu es la voz de la fe, de la esperanza y la caridad encarnadas en el testimonio de la esposa del Cordero.

La Primera Carta a los Corintios aporta dos valiosos elementos para redondear el perfil de la comunidad: por un lado, la Iglesia no debe olvidar ni por un solo instante que ese Espíritu derramado graciosamente en ella y que le constituye en alternativa para el mundo, que le capacita para proferir una palabra eficaz y dotadora de sentido, le inserta en una dinámica de vida que se centra en la confesión de Jesús como *Kyrios* (Señor) de la comunidad. *Kyrios* es un título que expresa una profesión de fe. Es la concreción lingüística de una fe hecha vida que proclama a Jesús como opción fundamental. Implica encarnar en la historia sus valores y opciones, pasar por la criba de su persona todo lo que hacemos, decimos y pensamos. Es configurar todas las dimensiones del ser según la espiritualidad de Jesús. Es vivir según las categorías del rabino galileo. Y esto, evidentemente, no puede ser fruto de la sola iniciativa humana; es, ante todo, fruto del Espíritu pentecostal.

El señorío de Jesús solo puede ser proclamado desde la inserción en su comunidad. El Espíritu Santo crea la unidad de los discípulos que forman el cuerpo de Cristo que es la forma concreta y sacramental del estar de Cristo en la historia. Y esto tiene resonancias inmediatas en la aportación que la Iglesia (todos y cada uno de nosotros) puede dar a la sociedad.

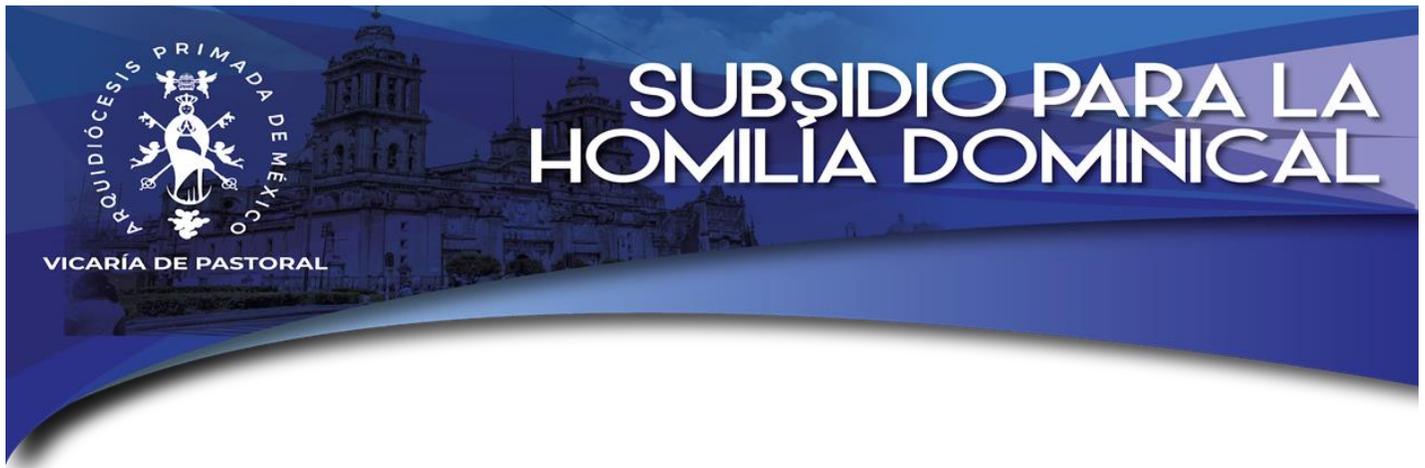
Finalmente, el Evangelio de Juan, en un maravilloso relato catequético lleno de teología, nos pinta el itinerario que va de la oscuridad a la luz, del miedo que asfixia la posibilidad de la vida nueva ("Al anochecer del día de la resurrección, estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban los discípulos por miedo a los judíos...") a la consecuencia última de la donación de Cristo que es el Espíritu Santo: ¡La liberación universal del pecado! ("Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar").

La cancelación del pecado y, por lo tanto, la liberación del yugo maligno, es potestad de la comunidad toda. Cristo mismo, en virtud de su Espíritu, se la ha dado. No se trata aquí de discutir sobre la legitimidad del sacramento de la reconciliación tal como lo entiende actualmente la Iglesia Católica, sino de abrazar el compromiso comunitario de cara a la liberación del mundo. Perdonar pecados significa ofrecer a los hombres la posibilidad de vivir libres del miedo y de la esclavitud del pecado si se abren libremente a la oferta de salvación proclamada y significada en Jesús que ya es perfectamente posible en la historia.

Terminemos esta reflexión con el gratisimo sabor de boca que dejan las palabras del gran teólogo católico Karl Rahner, pronunciadas con motivo de la festividad de Pentecostés en la Academia Católica de Baviera en Múnich y que fueron publicadas en el libro titulado "Experiencia del Espíritu": *«Cuando se da una esperanza total que prevalece sobre todas las demás esperanzas particulares, que abarca con suavidad y con su silenciosa promesa todos los crecimientos y todas las caídas. Cuando se acepta con serenidad la caída en las tinieblas de la muerte como el comienzo de una promesa que no entendemos. Cuando la experiencia fragmentada del amor, la belleza y la alegría se viven sencillamente y se aceptan como promesa del amor, la belleza y la alegría, sin dar lugar a un escepticismo cínico como consuelo barato del último desconsuelo. Cuando se corre el riesgo de orar en medio de tinieblas silenciosas, sabiendo que siempre somos escuchados, aunque no percibimos una respuesta que se pueda razonar o disputar. Cuando uno se entrega sin condiciones y esta capitulación se vive como una victoria. Cuando se experimenta la desesperación y misteriosamente se siente uno consolado sin consuelo fácil. Allí está Dios y su Gracia liberadora, allí conocemos a quien nosotros, cristianos, llamamos Espíritu Santo de Dios. Allí está la sobria embriaguez del Espíritu a la que no nos está permitido rehusar.»*



VICARÍA DE PASTORAL
DIMENSIÓN DE BIBLIA Y
EXTENSIÓN FORMATIVA



SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

1. La lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles nos dice dos cosas fundamentales:

- El Espíritu capacita a la Iglesia (a todos los bautizados) para hablar el lenguaje único del amor que derriba todas las fronteras que dividen a los hombres. ¿Qué harás para que la acción del Espíritu que unifica se haga patente en tu vida? ¡No dejes que la división, las disputas, las diferencias continúen dividiendo a tu familia o a tus amigos!
- El Espíritu nos envía a proclamar las maravillas de Dios en los diversos ambientes o contextos, sin importar lo diferentes o incomprensibles que puedan ser. ¿Cómo proclamarás las maravillas de Dios a todos los que te rodean? ¡Sé creativo, inventa formas nuevas y sorprendentes!

2. Dedicar un momento de oración en la semana para meditar con el Salmo 103, anotar lo que te haya dicho el Señor y realizar una acción que se corresponda con ello.

3. El Espíritu Santo nos regala dones diversos para la edificación de la Iglesia y el bien común.

- ¿Cuáles son los dones que el Espíritu te ha regalado?
- ¿De qué manera los pondrás al servicio de la Iglesia?

4. ¿En qué forma eres vehículo de paz y reconciliación para el mundo? ¿Qué puedes hacer para vivir más a fondo esta encomienda del Señor?





VICARÍA DE PASTORAL

SUBSIDIO PARA LA HOMILÍA DOMINICAL

CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA

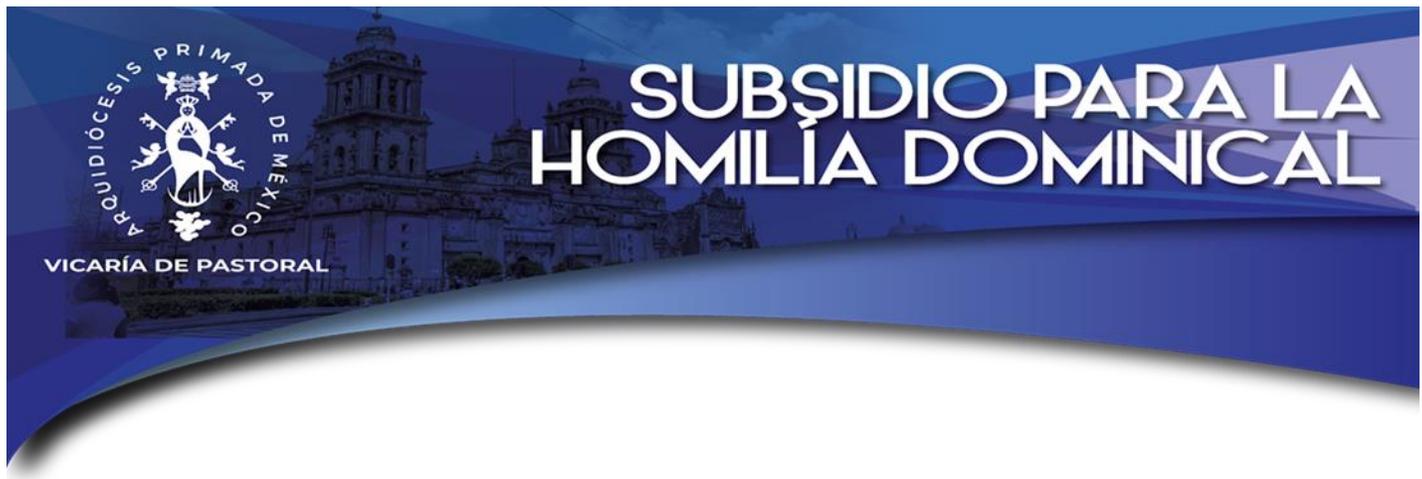


Te invitamos a orar con este bello canto:

<https://youtu.be/S72g17zKboo>



VICARÍA DE PASTORAL
DIMENSIÓN DE BIBLIA Y
EXTENSIÓN FORMATIVA



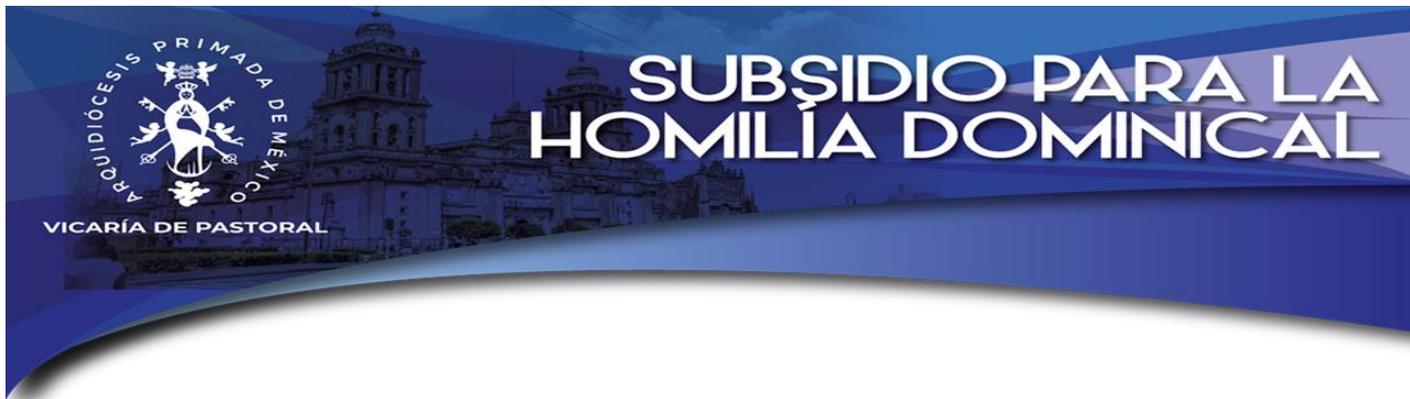
LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Pentecostés: "Espíritu Santo fuerza divina que cambia el mundo"



<https://bit.ly/3tHY5Cd>



ECOS DE LA PALABRA DESDE

LA DIMENSIÓN DE CATEQUESIS PARA NIÑOS

El Espíritu de Dios vive en nuestros corazones

Después de cincuenta días de haber celebrado la Pascua de Cristo (pasión, muerte y resurrección), llega la hora de celebrar la llegada del Espíritu Santo. En las lecturas del día de hoy se nos narra cómo es que el Espíritu Santo se hizo presente en donde estaban reunidos los discípulos de Jesús y María, la madre de Jesús. Se manifestó como fuerte viento y como fuego. Esto quiere decir que el Espíritu es fortaleza que Dios nos da para que en la vida seamos capaces de anunciar y vivir el Evangelio de Jesús. Es como el viento, como la vida. Sin el viento no podemos vivir; El Espíritu es como el fuego porque nos da calor, nos da luz para avanzar en el camino de la vida. ¿Qué debemos saber del Espíritu Santo?

El Espíritu Santo es una de las tres personas de la Santísima Trinidad. Es la promesa que nos hizo Jesús antes de elevarse al cielo para volver a donde está Dios Padre. Es un regalo que nos da Dios para poder hablar con todas las personas y predicarles el amor de Dios. Es la gran expresión del amor que une a la Trinidad y nos une a todos los que hemos decidido seguir a Jesús. Es la ayuda que nos da Jesús para que seamos como él en el trato con las demás personas. Es también un regalo que nos da Dios de manera personal, como un don, y que tiene muchos frutos. Te dejo de **tarea** investigues sobre los dones y frutos del Espíritu Santo y hagas una tarjeta por cada uno de los dones. Así como los discípulos estaban reunidos junto con María, hagamos el **compromiso** de reunir a nuestra familia en torno a ella, y pedir a Dios nos envíe su Santo Espíritu.

Para vivir en familia la celebración de Pentecostés hemos elaborado una catequesis, la puedes descargar en la siguiente dirección:

<https://arquidiocesismexico.org.mx/category/catequesis-2021/>